



ESTAMPA DE OTOÑO

A la espera de los gauchos
chicos, en el Parque Rodó

AÑO II—N.º 32

EL DIA

EDICION EN HUECOGRABADO

Montevideo, Mayo 7 de 1933.

Sociales

2



Señora
María Teresa M. de Diez Canedo



Señorita
Sarita María Teresa Diez Canedo

Señorita
María Luisa Diez Canedo



María
Magdalena
Vanrell

Cachito
Valdez
Otero



Teresita
Zorrilla
San Martín
Muñoz



Fotos de
Marchese—



H

ACE siglo y medio que vivo aquí, sobre un pesado zócalo de mármol, a la sombra de un tilo melancólico, espiando quien pasa por la gran alameda de este parque real.

Aquellas que, aburridos de ver a los hombres, aún acostumbran mirar las estatuas, comprenderán, sin dificultad, que yo soy el viejo dios Pan, hijo de Doemogorgente. Y si se fijan bien en mí, en la gracia de mis astas, en la sensualidad delicada de mis formas caprinas, en la elegancia con que, desde hace ciento cincuenta y siete años, toco en mi flauta de piedra un minuetto que nadie ha oído nunca, reconocerán que sólo manos francesas podrían haberme arrancado al bloque de mármol de que estoy hecho, las manos del ilustre Clodion, que pobló de ninfas y de bacantes desnudas los antiguos parques del siglo XVIII. Confieso que, en mi dulce calidez de dios y de estatua, principio a sentir la neurastenia de la divinidad y de la inmovilidad; y, como todas las personas que han perdido el sentido de su época, estoy decidido, definitivamente, a escribir mis memorias. Porque, en verdad, yo he visto y oído muchas cosas. Desde lo alto del pedestal en que me irguieron, inmóvil sobre mis velludas patas de chivo, ostentando sobre el mundo la fuerte musculatura de mis espaldas y mi ancha sonrisa dionisiaca, he visto pasar las generaciones y los siglos, vivir y morir las ideas y los hombres; y, porque se les ocurrió poner delante de mí un banco de piedra, vasto como un lecho, asistí a muchas conversaciones, conocí muchas gentes, fui el espectador silencioso y amable de muchas locuras, y en otros tiempos (ahora ya no), cuando el sol declinaba, el cielo refulgía como un gran mosaico dorado, y las sombras descendían sobre la sierra, no pasaba una sola noche (y hace cuarenta y siete mil noches que estoy aquí) sin que un murmullo de besos, una crepitación de seda, un arrullo de paloma no llegasen a mis oídos, y sin que mis narices voluptuosas de dios silvestre, no percibieran la palpitación de un perfume de mujer. Los hombres me interesan mucho; pero, con franqueza, todavía ahora, las mujeres me interesan más. Ellos pasan casi sin mirarme; ellas, sin embargo, atraídas por la desnudez de mi torso y de mis brazos, que podían haber pertenecido a Apolo, fijan siempre sus ojos curiosos en mí. Si yo no fuera un dios de piedra, condenado a perpetua inmovilidad, cuántas habría ya perseguido por estos bosques, sin que ellas huyeran de mis besos, como aquella rubia Siringa, pastora de Arcadia, cuyo cuerno delicado se convirtió en la flauta que toco...

II

CUANDO escriba mis memorias, he de decir lo que pienso de las mujeres. En general, los hombres hablan mal de ellas, porque sólo conocieron las de su época. Yo vivo hace siglo y medio, he conocido bastantes generaciones, y me veo obligado a confesar que las mujeres han cambiado mucho. Cuando, en 1773, me trajeron aquí, la gran alameda de este parque tenía la gracia y la opulencia de una dorada tapicería de Gobelinos. Las mujeres que pasaban, al caer la tarde, al venir del palacio real, caminaban lentamente, apoyadas en sus bastones de puño de Limoges, usaban grandes peinados empolvados de blanco, a la moda francesa, no dejaban ver ni siquiera la punta de los pies, todas ellas respiraban majestad, como si cada una fuese la propia Juno rodeada de sus pavones azules, y sus ojos siempre bajos, como los de las religiosas, me daban la impresión de que buscaban constantemente una joya perdida. ¡Qué pudor, qué dignidad, qué inocencia! Las risueñas driadadas y amadriadadas de los bosques mitológicos de la vieja Hélade, que salían del baño perseguidas por los sátiros y corrían al sol, maravillosamente desnudas, por el fresco césped — ¡en qué diosas austeras y graves se habían transformado! (pensaba yo), y cuanto más propios parecían aquellos pesados vestidos, verdaderas armaduras de seda, que las cubrían de pies a cabeza, para hacerlas respetables más que para volverlas atrayentes. Tras de ellas las dueñas, con los ojos bajos también, vestidas de negro; tras de las dueñas, los frailes confesores y directores espirituales, con los ojos más bajos todavía, las camándulas al cinto, los breviarios en la mano; por fin, las negritas, vestidas de colores vivos, casi con los ojos cerrados, trayendo los abanicos, los cestitos de la merienda, los espejos de plata del

tocador. Sólo desde muy lejos era que los elegantes de esos tiempos se atrevían a seguir a aquellas divinas imágenes del candor; y, cuando ellas iban a merendar a algún rincón del parque, como en los cuadros de Van Loos, alrededor de un blanco mantel extendido en el césped, los pobres galanes se aproximaban entonces, con el tricorno bajo el brazo, tímidos como colegiales, e iban, con los ojos tan bajos como los de ellas, a besarles respetuosamente la punta de los dedos. Pero, caía la noche, el perfume de los naranjos en flor embalsamaba el aire: la diosa de las sombras, esposa de Aqueronte (como decían los poetas), envolvía el mundo en su negro manto; y entonces — ¡Santo Dios! — todas aquellas gentes levantaban los ojos, las meninas, las dueñas, los frailes, los enamorados, las negritas; huían los pavones de Juno y las palomas de la inocencia; y en las sombras nocturnas del parque, en los bancos de piedra, en los rincones de la arboleda, cuántas locuras, cuántos besos susurrales, cuántos desmayos de amor, y cómo sentía yo, cómo adivinaba — en el estremecimiento voluptuoso de aquella noche en flor — que los cuerpos eran blancos, las bocas perfumadas, y que, al final, la pesada armadura de los vestidos se volvía más diáfana y leve que una hoja de rosa o que una nube de la mañana. Al día siguiente, cuando salía el sol, había joyas y lazos de seda perdidos; y, cuando a la tarde las mismas lindas mujeres volvían a pasar con los ojos bajos, majestuosas, pudibundas, solemnes, apoyadas en sus bastones, coronadas por sus inmensas cabelleras blancas, me echaban una mirada furtiva que quería decir, con su gracia maliciosa: — “¡No le cuentes a nadie lo que viste, viejo amigo!” El tiempo huyó, cayeron las hojas, llevóselas el viento, y yo, no le dije nada a nadie.



YO QUE EL VIEJO DIOS PAN ME DIJO DE LAS MUJERES POR JULIO DANTAS ILUSTRACIÓN DE ALEJANDRO SIRIO

III

LOS dioses, como yo, son amables y tolerantes. Y, cuando tienen la felicidad de ser de piedra, su discreción es realmente admirable. ¿Por qué razón he de censurar la hipocresía de esas muñecas francesas del siglo XVIII, nietas de Tartufo, si la noche fué realmente hecha para amar y el día para que nos engañemos los unos a los otros? Pero las mujeres cambiaron mucho con el tiempo, y las que vinieron después, en 1840, ya no eran así. Las veía pasar, a la tarde, por esta alameda, todas profundamente melancólicas — la mórvida melancolía del romanticismo — delgadas, pálidas, vestidas de muselina blanca, los cabellos negros partidos en bandos sembrados de rosas, una “echarpe” blanca en los hombros, la falda de gran ruedo oscilando como una campana de la que los pies, calzados de negro, fuesen pequeños y graciosos badajos. Caminaban con lentitud, dando la impresión de figuras aéreas absortas en un gran sueño, y sus ojos, rodeados de ojeras negras, en vez de mirar al suelo como los de sus frivolas abuelas de 1770, se alzaban en éxtasis al cielo — los ojos en blanco de las mujeres románticas — como si esperasen, en todos los momentos, una inspiración divina. Las precedía un escudero, también de ojos en blanco, llevando al brazo un cubrepies inglés, y en la mano, respetuosamente, como una reliquia, el último libro de Musset o de Garret; y, pocos pasos más atrás, las seguía el “león” enamorado, de ancho pecho, cintura estrecha, frac verde bronce con botones de oro, sombrero alto Murillo, corbata negra asfixiante, dando cuatro o cinco vueltas al pescuezo, y el aire profundamente dramático de un hombre dominado por una pasión terrible, y los ojos aun más en blanco — ¡mucho más! — que los del escudero y que los de la señora.

Paseaban los tres, por el parque, hasta la caída de la noche. Cuando la luna salía, la señora venía a sentarse en el banco, cerca de mí, y para que no le viese el fino tobillo calzado de seda blanca, por el que subían, cruzándose, las cintas negras del coturno (sólo adivinarle un palmo de pierna era una profanación), el criado le echaba sobre las rodillas el “plaid” de lana de Inglaterra, y se apartaba, discreto, perdiéndose en las sombras de la arboleda; era entonces — ¡momento supremo! — que el “león” enamorado se aproximaba, pálido, trastornado, el sombrero en la mano, el cabello revuelto, para declarar, como Antony, las frases dramáticas de su pasión, palabras que la mujer adorada oía, en éxtasis, pensando en la muerte y comenzando, ávidamente, hojas de violeta. — “¡Yo quiero matarte, porque te amo!” — rugía él. — “¡Pero lenta, muy lentamente — suspiraba ella, — porque es delicioso morir por tí!”

La luna los cubría, como una palio de plata; oíase a los lejos, tocado al piano, un “Nocturno” de Chopin; el sombrero alto rodaba por el suelo; la “echarpe” flotaba al viento; y los dos amantes, extenuados de pedirse la muerte el uno al otro, se dormecían, al fin, en un abrazo trágico de moribundos, sobre el ancho banco de piedra, envueltos en el cubrepies como en una capa de arlequín... Al día siguiente — ¡oh, dioses inmortales! — ambos estaban en perfecta salud.

IV

YO, que recorrí la Arcadia con mis rebaños, tocando la flauta, acostumbrado a ver a las ninfas corriendo por los bosques, maravillosamente desnudas, desconfié siempre de las mujeres demasiado vestidas que se percatan en exceso, que afectan un excesivo pudor, y que no dejan ver ni un dedo de su pie descalzo. Son, de día, vírgenes pudibundas; y, de noche, bastante desenfrenadas. Ahora, después de la guerra, las mujeres han cambiado otra vez, y hace años que aparecen en las alamedas de este parque casi desnudas, con el cabello corto, las uñas pintadas de rojo (lo que parece una señal de ferocidad), los brazos desnudos, las piernas desnudas, fumando como los hombres, saltando como gamos, y pasando los días tirándose pelotas unas a otras, al sol, en un claro cercado de redes que han hecho abrir allí, en aquel bosque. Tienen un aire viril de bellos adolescentes; poseen la audacia de la desnudez, como las griegas esculturales que bailaban, en las Termoforias, al son de crótalos y de címbalos de plata; y sus ojos, pintados de azul, no miran para arriba ni para abajo, como los de las enamoradas de otros tiempos; miran de frente, resueltamente, no sé si con impudor, con insolencia o sólo con naturalidad. Parecen (aquí entre nosotros) las mujeres más escandalosas del mundo; y, sin embargo, cuando cae la noche, nunca hubo, como ahora, tanta tranquilidad y tanta decencia en este parque. Ya nunca se oyen besos, en los escondites de la arboleda; todo cuanto hacía las delicias del antiguo romanticismo, lleno de poesía y de misterio, murió para ellas; cuando hablan con los hombres es de día, delante de todos, echándose humo a la cara, y a eso le llaman “flirt”. Ayer, dos de ellas, que se trataban de doctoras, se sentaron en este banco de piedra a hablar de la república de las mujeres, y tuve la impresión de que estaba en la Acrópolis, entre templos blancos y cipreses sagrados, oyendo a la bella Lisistrata y a la rubia Praxágora de mi amigo Aristófanes, igual a los dioses. Si las mujeres se mantuvieran así, viriles y casi desnudas, son ellas las que acabarían por gobernar a los hombres; y el día en que terminen de caer a sus pies, como reliquias inútiles, los últimos restos de sedas y joyas que aun las visten — desde la cintura hasta las rodillas — las mujeres, expresiones puras de la divinidad, sobre cuya maravillosa y definitiva desnudez revolarán las palomas y Júpiter hará caer su lluvia de oro, habrán alcanzado, al fin, la suprema perfección en la tierra. Hasta entonces — ¡oh, hombres imperfectos, hombres más débiles que las mujeres! — yo seguiré tocando la flauta...



Escena de
'La mujer de Montecarlo'



Kay Francis

en una escena de la película *LA CITA*, que se estrenará dentro de poco en el Colonial

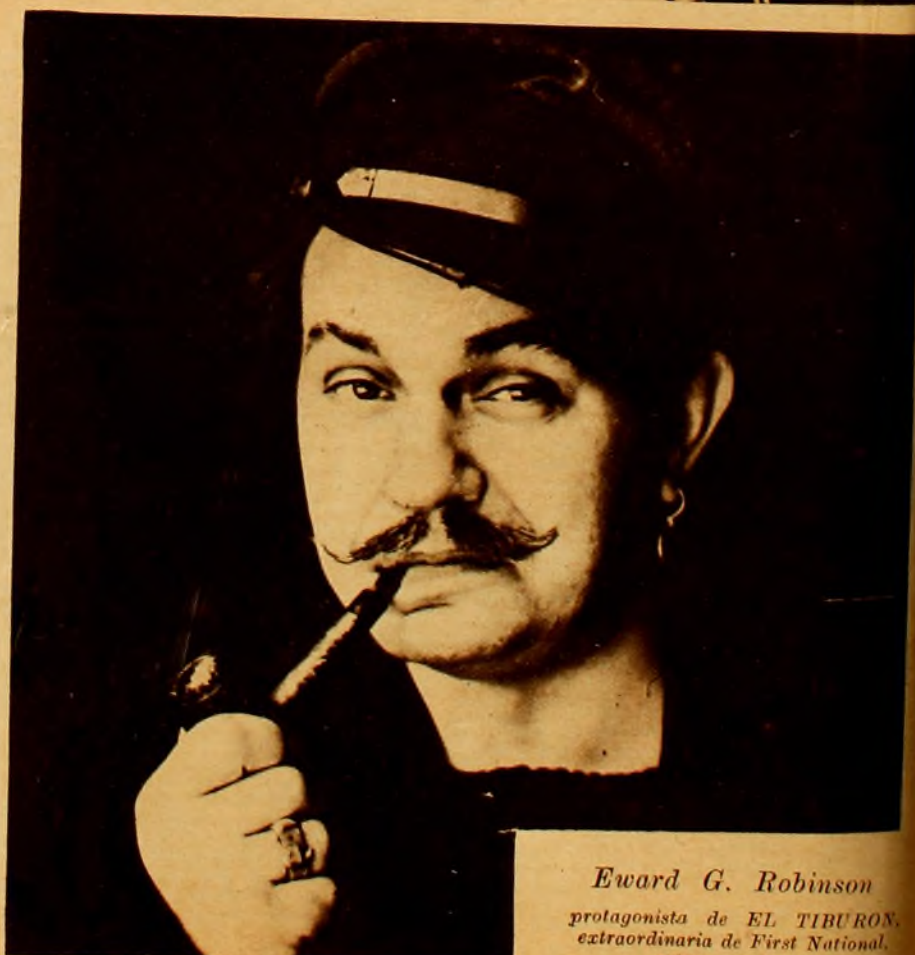
'La mujer de Montecarlo'

interesante escena de esta película, cuyos protagonistas son *LIL DÁGORA*, *WARREN WILLIAM* y *WALTER HUSTON*, otro de los próximos estrenos en el Colonial



Norma Shearer

en la película *BESOS AL PASAR* otra de las novedades en las carteleras cinematográficas montervideanas



Eward G. Robinson

protagonista de *EL TIBURON*, extraordinaria de First National, estreno próximo

EL EPISODIO MAS COMICO DE MI VIDA

Las nueve décimas partes de las situaciones cómicas de mis cintas están fundadas en episodios reales de mi carrera. Habiendo nacido en una iglesia y crecido en un circo, no resulta sorprendente que la luz y la sombra, la alegría y la pena se encuentren en ella en cantidades bastante iguales. Curioso de carácter, me encontraba frecuentemente en apuros apenas instalaba el equipo en las carpas. Mis investigaciones realizadas frecuentemente en condiciones peligrosas han servido de base para muchos episodios divertidos en mis subsiguientes comedias.

En la realidad, mi vida ha sido tan llena de emocionantes y gloriosas incertidumbres, que me gustaría que preguntarse "qué se deja de poner" más bien que "qué se pone". En los años anteriores a las películas uno de mis trabajos resultó ser como director de escena de una compañía en viaje. Como seguramente ustedes lo sabrán, las obligaciones de un director de escena son muchas y una de las más importantes era la de dirigir los "ruidos y golpes". Los ruidos están por lo general anotados en una libreta azul al margen de la partitura. En un momento dado un pastor debía descender al escenario de una roca apoyándose pesadamente en su bastón. Frente a la indicación de su entrada estaba anotado: "Se silencia los golpes fuera del escenario".

Un día un director de escena, golpes quiere decir las cáscaras de cocos con las que se cubren cualquier cosa, desde un solitario jinetista hasta una carga de caballería, y en este momento creí que era para indicar el choque del látigo del pastor contra las rocas. En el momento siguiente golpeé fuertemente en el escenario con mi propio bastón al acercarse el viejo pastor, director, sentado en el fondo del teatro, me miró con fuerza:

—¿Dónde están esos golpes?

—Ya los he dado, señor — respondí.

—No los oigo — gritó nuevamente.

—¡Gritando un grueso pedazo de decoración levanté el polvo de los años del piso del escenario, pero el director preguntó aún más fuerte:

—¿Qué pasa con los golpes?

—¡Desesperado a más no poder, me precipité fuera de la sala y di contra el suelo un golpe tan terrible que hubiera podido servir para pisadas de Wotan, el mismo día del estreno.

—¿Oye usted eso? — pregunté sarcástica-

mente. El director me miró con una compasión mezclada de disgusto.

—¡Despierte alguien al de la corneta! — grité abrumado — ¡y dígame que golpee!

El no reía, pero el resto de la compañía sí, lo hacía, y durante el tiempo que duró mi contrato se me llamó exclusivamente "Taps".

La vida teatral es, en el mejor de los casos, precaria, y la de un miembro de una compañía en viaje es demasiado variada para mis gustos. Una de las cosas que me indujo a ensayar mi suerte en las películas, fué el hecho de poder permanecer más de dos semanas en la misma ciudad. Pero "el hombre propone y Dios dispone", pues, después de unos pocos meses estalló la guerra, y como soldado de infantería de las fuerzas expedicionarias norteamericanas, me vi sujeto a un cambio de escena que hizo que mi circo y mis peregrinaciones callejeras me parecieran un deleite de domingo escolar.

Una de las hilaridades mayores que he obtenido fué en "The Cameraman", donde como aprendiz de repórter gráfico caía al agua mientras trataba de fotografiar un bote de carrera. Accidentalmente fué una gracia muy cara, pues costó más de 9000 pesos, pero debido a la importancia que tuvo en la cinta, me parece que el dinero estuvo bien gastado en alquilar los botes y la gente necesaria para ponerlo en escena.

La gracia más barata que he impresionado costó exactamente 37.50 pesos. Mi compañero y yo aplastamos dos vidrios de ventana (hechos de gelatina) con los trípodes de nuestras cámaras. En la misma cinta tenía que aparecer complicado en una guerra en Chinatown. Alguien insinuó la idea de que sería gracioso romper un dragón chino en la parada de Chinatown, pero cuando supe que el tal dragón costaba \$ 700, resolví que los graciosos juegos malabares de mis amigos resultarían demasiado costosos.

Los episodios cómicos son, después de todo, de interés comercial en la fabricación de la película, y cada chiste tiene que ser considerado cuidadosamente, trabajado y calculado su precio antes de que se haga la película. Me parece que un chiste que cueste \$ 600 es un negocio dudoso. Puede hacernos reír a nosotros al revés, con el balance del libro mayor. Cuando trabajaba en esta película tenía "dos enfermeras diplomadas" que me seguían en todas las decoraciones. Estas "enfermeras diplomadas" eran en realidad expertos mecánicos en fotografía, porque el instrumento que empleaba en mis alarmantes aventuras estaba tan decrepito, que cada vez que daba vuelta al manubrio era necesario arreglarlo para restablecerlo en su quebrantada salud. Cuando caí con él desde una casa de doce pisos, los mecánicos tuvieron que trabajar durante dos horas para poder juntarlo nuevamente. Resultó casi tan difícil como unir nuevamente al frágil Humpty Dumpty cuando cayó desde su sitio en lo alto de la pared.



El éxito de una película sigue siendo el mismo misterio y aventura, como lo era cuando el primer Keystone Kop corrió a sus compañeros a través de la sábana plateada. Algunos episodios de las películas que en el estudio parecen los más graciosos, no dan resultado, y a menudo cosas que nos parecen no valer ni una sonrisa consiguen una enorme carcajada. Depende únicamente del auditorio y de la manera en que se pasa y detiene un pedazo de la comedia. Para impresionar una película, es necesario emplear precisamente la justa fracción de segundo de tiempo que necesita la generalidad del auditorio para tomar en consecuencia cada punto. Si detienen la situación un instante más, queda arruinado el efecto.

En mi opinión, la mejor manera de obtener que un auditorio ría no es ser chistoso, sino serio.

Cuando el pomposo señor anciano de galería de felpa, todo salpicado, resbala en una cáscara de banana, los que lo ven riendo invenciblemente, y cuando yo con el disfraz de un esclavo solemne me encuentro mezclado en una serie de situaciones ridículas, mi misma seriedad ayuda a hacer cosquillas al espectador.

POR BUSTER KEATON

LA VIDA DE UN MUSICO AMBULANTE

RACHMANINOFF



¡RUSIA! ¡Mi único deseo y mi único anhelo! Todos mis pensamientos y acciones se desarrollaron en la Rusia de los pasados días, bajo el imperio de los zares. Y hasta en América, mi nuevo hogar, donde soy estimado y donde estoy a todos, siempre recuerdo mi antigua Rusia.

Como músico, mi vida es un constante trabajo. Durante la estación de los conciertos no puedo permanecer quieto. Cuando estoy en Europa y llego a una ciudad en que debo dar audiciones, sólo me lavo la cara, ejecuto algunas notas en el piano y entro a la sala de conciertos. Después de la audición empaqueto mis efectos y parto la misma noche a otra parte. La última estación de París fué mi destino final, y me fué imposible visitar Inglaterra. El deber me llamaba de nuevo a los Estados Unidos. Pero este año, si puedo, he de ir a Inglaterra y he de quedarme allí por lo menos un mes. Después de una larga ausencia volveré a tocar ante un espléndido auditorio inglés.

Ahora tengo poco tiempo para componer. Soy ejecutante porque esa es la voluntad del destino. Pero el hecho no me atormenta. Después de cada estación gozo de alguna quietud para mí mismo. En tales circunstancias se despiertan de nuevo las antiguas ansias y los viejos sueños, y a veces me entrego a la composición.

No puedo dedicarme a las cuestiones de teoría. Para hacerlo necesitaría más largos oídos. Pero en mi opinión, el músico es innato: no hay ley de herencia en la música. Con gran frecuencia envío a la gente que cuando visita otra ciudad, pueden tomar las cosas con tranquilidad, observar las vistas, gozar de las bellezas de sus nuevas vecindades, y habiendo aprovechado intelectualmente su visita, pueden continuar con tranquilidad su camino. En realidad, con gran frecuencia envío a esas gentes porque tienen tiempo para obtener ventajas intelectuales de sus viajes.

Sin embargo, después de mis largos viajes, me sería muy agradable ir a descansar a Rusia. Pero no puedo volver a Rusia, porque Rusia de hoy no es mi país. No es el país en que he nacido y al que estoy ligado por la voz de la raza y los recuerdos de la juventud. Y por eso voy vagando por el mundo y trabajando. Después de tomar un corto descanso,

so, constantemente me pongo en marcha de nuevo.

Durante los diez años últimos he sido pianista, pero antes solía ser director de orquesta. Ocupaba yo el cargo de director de la primera Unión Musical del Zar. Y en esos tiempos tenía más ocasiones de componer; cuando aparecía ante el público ejecutaba, principalmente, mis propias piezas musicales.

Vino entonces la huida, la emigración. Aprendí también las composiciones de los compositores extranjeros; y a la edad de 45 años y pico, y puedo decir con un buen pico, me presenté ante el público. A la edad en que los pianistas, por lo general, han llegado a la cima de su actividad, dejando detrás de sí las grandes jiras de conciertos. Yo comencé en ese período. Me hice concertista de piano, y todo lo que he hecho es sólo el producto de diez años. Debo decir que esto es la prueba de mi afirmación de que el músico nace, no se hace. La ilustración, el ejercicio, la profundización de la música, son simples factores, el desarrollo del músico, pero no la causa primaria de la existencia del artista.

La verdad es que soy un músico peregrino. No deseo volver a Rusia, aunque hasta ahora uso un pasaporte ruso cuando viajo. Siempre pienso en mi hogar, pero a pesar de eso no deseo volver por ahora a Rusia.

¡Pero qué extraño es el hombre! Se acostumbra a todo. Esa es la base de toda nuestra vida. He concluido por habituarme a la falta de hogar y al piano. Para demostrar hasta qué punto dependo de mi piano, o más bien de mis pianos, debo decir aquí que durante mis jiras por Europa siempre llevo mis pianos norteamericanos conmigo. Estos pianos viajan por todas partes conmigo, y conmigo vuelven a los Estados Unidos.

Me gusta la originalidad, me encanta la música gitana. A veces los gitanos se ven obligados a tocar no la música popular, sino sólo imitaciones de ella. Pero debo confesar que yo siempre reconozco inmediatamente la imitación, aunque nunca haya escuchado el original antes. Las bellezas características de los cantos populares de cada nación pueden encontrarse, y recuerdan uno de los cantos conmovedores de la propia patria. El sentido innato y los sentimientos de un hombre nunca os engañan. El sentido de la música nace con el artista y no puede heredarse.

DESCENDIO rápido del vehículo, penetró en la casa, cruzó el largo corredor, yendo directamente a su biblioteca. Una vez allí oprimió un timbre y tomó asiento ante un amplio escritorio. Su primera mirada descubrió la carta colocada sobre el tintero de jade.

Con mano nerviosa, Percy tomó el sobre, cuya letra había reconocido inmediatamente. Lo hizo girar entre sus manos, pensativo. El sobre estaba abierto. Qué diría aquella carta? Lo de siempre, seguramente: que Elena llegaría un poco tarde a cenar.

Retiró la hoja de papel, la desdobló. Y al leer las primeras palabras sintió como un desgarramiento.

La carta comenzaba:

Mi querido Percy: Debo decirte adiós...

Percy Grillby creyó que una mano invisible le oprimía la garganta. Adiós? ¿Por qué adiós? ¿Elena? ¿Su Elena, le decía adiós? Sí. Era la esposa quien había escrito aquellas líneas. La firma, al pie, no dejaba lugar a dudas: Tu Elena.

En ese momento apareció el secretario. Percy, tratando de dominar su turbación, se apresuró a decirle:

—Tengo que escribir algunas cartas privadas. Que nadie me moleste. Vaya... Si lo necesito, lo llamaré.

—Bien, señor... ¿No revisará la correspondencia?

—Después.

El joven secretario se retiró discretamente, cerrando la puerta detrás suyo. Y Percy Grillby, dilatados los ojos, empezó la lectura de la carta:

...Debo decirte adiós. Ya no puedo soportar esto, Percy. Me marcho a Italia. Tengo el propósito de vivir en Florencia. Te ruego que no hagas nada por impedírmelo. A nuestros amigos puedes decirles...

¡La carta clásica! Carta de estilo inconfundible, carta semejante a tantas otras que han servido para iniciar pleitos de divorcio y para proporcionar tema a los discretos sociales. Carta estúpida, en fin; estúpida por su redacción, por su contenido. Y Percy Grillby no podía resignarse a la idea de que su mujer la hubiese escrito una carta así, mediocre y vulgar.

...A nuestros amigos puedes decirles lo que te parezca. Dentro de dos o tres días la gente sobrá la verdad; y dentro de dos o tres años la habrá olvidado. Te aseguro que me es muy doloroso escribirte estas líneas. Temo que no me comprendas bien. No sería nada raro. Hace diez años que no me comprendes. Si; diez años de matrimonio que no han sido suficientes para que descifrases el sencillo secreto de mi alma. Poca prueba de inteligencia diste al no adivinar que a tu lado me sentía desdichada, que con tu conducta me sometías a un constante suplicio...

¡Suplicio! Palabra fuerte, en verdad. ¡Suplicio! ¿Qué significaba esa acusación? ¿A qué se refería Elena?

...Has vivido tu vida sin preocuparte por mí en lo más mínimo. Siempre te has limitado a escuchar la voz de tu comodidad. Nunca vacilaste en sacrificarme. Yo no existía para tí, yo no tenía derechos de ninguna clase: ¡era una esclava! Por eso te digo que la vida a tu lado me resultaba intolerable. Y te lo repito: ya no puedo soportar más todo esto... ¿Todo esto? ¿El qué? ¿La carta continuaba así, con acusaciones vagas? ¿Por qué Elena no concretaba sus cargos? Una determinación como la de huir a Italia no se adopta sino por motivos claros, concretos...

...Tienes un carácter insufrible y obsesivo una conducta irritante. Yo no puedo seguir viviendo con un hombre atareado para quien en el mundo sólo existe su profesión. Tu sequedad me enferma, tu frialdad me hiere, tu exceso de ocupaciones me condena a una soledad contra la que mi juventud se rebela. ¿Que



UNA CARTA...

muchas veces salíamos juntos? ¡Oh, sí, tienes razón! Pero, ¿adónde íbamos? A una cena de carácter político, o a una conferencia sobre temas abstrusos y aburridísimos. ¿Que a veces teníamos largas conversaciones a solas? Eso ya no es tan cierto. Nuestras conversaciones consistían en monólogos tuyos. Monólogos, ¿entiendes?... Porque tú, Percy, tienes la mala costumbre de considerar interesante únicamente lo que tú dices. Los demás deben callar, si no quieren exponerse al desdén de tu sonrisa. ¡Ah, tu sonrisa de hombre superior!...

Percy Grillby hizo una pausa, interrumpiendo la lectura de la carta. El último párrafo le hería vivamente. Y Elena parecía no ignorar el efecto que aquellas palabras producirían al esposo, pues la carta continuaba:

...¿Qué estas verdades te resultarán mortificantes. Y no quiero producirte el menor dolor. Debo decirte, sin embargo, para justificar mi conducta. Eres un hombre demasiado serio y severo. Percy, demasiado escrupuloso en el cumplimiento de tus obligaciones conyugales. Pero debes comprender que tu esposa no podía declararse satisfecha viendo cuán admirablemente te desenvolvías en tu profesión. A una mujer no le basta saber que su marido es un hombre inteligente, un hombre superior. Necesita hallar, debajo de esa inteligencia y de esa superioridad, un poco de delicadeza, de ternura, de amor. Sólo así tiene sentido la vida en común.

Después de la escena de esta mañana...

¿Escena? ¿Qué escena? Percy no recordaba ninguna escena. Esa mañana apenas si habían cambiado un saludo.

Después de la escena de esta mañana he resuelto no volver a interrumpirte...

¡No volver a interrumpirte! ¿Ese era el motivo pueril que determinaba la absurda resolución de Elena! Si esa mañana él le pidió que no lo interrumpiera en su trabajo, Elena hubiera debido comprender que se trataba de un trabajo urgente y delicado. ¡Ah, las mujeres, las mujeres! ¿Qué poca comprensión demuestran para todo lo que no sea amor, mimos y caricias!

...Adiós, Percy. Eres un hombre inteligente, sabio; estoy convencida, también, de que eres un hombre bueno. Pero creo, igualmente, que no es una mujer lo que necesitas. Necesitas una muñeca sensible que sepa decir "Buenos días, querido" y "Buenas tardes, querido". Yo no quiero ser esa muñeca. Me marcho, pues. Y tengo el convencimiento de que, por muy sola que esté, nunca lo estaré tanto como cuando me hallaba a tu lado.

No me marcho amargada, Percy, aunque esta carta deje entrever lo contrario. Sólo deseo que mis líneas te convengan de la imposibilidad de continuar esta vida en común. No me interesa lo que la gente diga. Quiero ser nuevamente libre. La libertad es el único premio a que aspiro, después de haber sufrido tanto.

Que seas muy feliz. Que esta carta signifique, para tí y para mí, el comienzo de una nueva vida. — Tu Elena.

Terminada la lectura de la carta, Percy pareció recuperar de golpe, por uno de esos contrastes súbitos que caracterizan a las inteligencias complicadas, su habitual serenidad. Contempló un instante la hoja de papel, la dobló, la introdujo en el sobre y colocó éste en el tintero de jade, como hubiera hecho con cualquier carta importante. Apoyadas las manos en el escritorio, se quedó mirando el sobre. Pensaba, o quería pensar. Pero, no obstante la serenidad meramente exterior de que daba muestras, Percy sentía que algo le martillaba el cerebro. Era una sensación horrible que iba poco a poco invadiendo todo su cuerpo, acelerándole el pulso, encendiéndole las mejillas, profundizando el ritmo de su respiración.

Para reaccionar se incorporó y fué hasta la ventana. A través de los cristales veía la ciudad inmensa. Sus ojos se posaban en tal o cual edificio. Y Percy resumía mentalmente todo lo que él era, todo lo que él significaba para esa ciudad. ¡Percy Grillby, el gran filántropo, fundador de hospitales y de escuelas; Percy Grillby, el semidiós de la urbe; Percy Grillby, el multimillonario; Percy Grillby, el benefactor de millares de hogares! ¿Cuán amargo e inútil era aquel poderío! ¿Poderío? ¿En qué consistía su poder, si ni siquiera había servido para impedir que Elena huyese? El director de empresas fantásticas no había sabido dirigir su propia vida. Elena tenía razón.

Percy Grillby se reconocía culpable. Una mujer como Elena no hubiera adoptado esa resolución sin motivos suficientes. No; Elena no lo hubiera abandonado.

Percy lanzó un hondo suspiro y se trasladó a la estancia contigua, dejándose caer en un sofá. Con la rapidez de pensamiento que se atribuye a los moribundos, recordó en un minuto toda su vida matrimonial, que podía resumirse en estas palabras: "Un año de armonía..." Nada más. Después de ese año, olvido, indiferencia; una que otra conversación sin importancia; nada de transportes amorosos, nada de palabras suaves, nada de miradas cariñosas. ¿Cuánta razón tenía Elena para sentirse quejosa!

De pronto, Percy oyó pasos en el escritorio. La puerta de comunicación estaba abierta. Desde la penumbra en que se hallaba, Percy pudo distinguir una silueta inconfundible. ¿Era Elena! ¿Elena! ¿Cómo? ¿No se había marchado? ¿Qué buscaba?...

Sí; Elena buscaba algo. Caminaba de puntillas. Se acercaba al escritorio. Tomaba la carta, la estrujaba, la rompía... Parecía ignorar que su marido estaba en la casa, que la carta ya había sido leída.

Percy no pudo contener un gemido. Y la voz medrosa de Elena inquirió:

—¿Quién está ahí?... ¿Eres tú, Percy?

—Sí.
—Pero... has regresado más temprano que de costumbre...

—Estaba un poco cansado — explicó Percy, mientras Elena entraba rápidamente en habitación y se dirigía al sofá. — Tengo un terrible dolor de cabeza... No sabes de qué podrá ser, querida?...

La voz de Percy era dulce y quejosa como la de un niño mimado. En sus ojos brillaba una mirada de súplica. Elena, conmovida por aquella voz y aquella mirada, pareció vacilar un instante. Posó sus claros ojos en los de Percy, creyó leer algo en el fondo de las pupilas veladas, y, de pronto, arrojándose junto al sofá, murmuró:

—¡Mi pobre Percy!... ¿No te sientes bien? ¿Quieres un poco de Colonia?... Sí. Te hará bien... Luego tomarás un sello... Y mañana no estás con ánimo, no saldrás de casa... Tu mujercita te cuidará, ¿quieres?

Percy se pasó una mano por la frente, sonrió y asintió con un leve movimiento de cabeza. Elena le tomó la mano, se la acarició, incorporóse en seguida para ir en busca de agua de Colonia.

El esposo la miró alejarse y reparó en la indumentaria de Elena. Vestía un traje de viaje. Entonces... ¡era cierto! ¿Elena había pensado abandonarlo! ¿Por qué regresó a casa? ¿Por qué desistió de su propósito? ¿Había, en todo aquello, otro hombre? ¿Otra mujer? ¡No! ¿Elena era incapaz de una traición semejante! ¿De existir un motivo esa naturaleza, Elena lo hubiera confesado sin ambages en su carta!... ¿Por qué había regresado?

Percy tuvo, de pronto, la intuición de la verdad. La fuga era un simulacro, una mentira. Elena había escrito esa carta para que él la leyese y reaccionase. Al regresar, segura de que él ya se había enterado de su contenido, procedió como una mujer arrepentida. ¡Arrepentida!... ¡Si era él quien debía mostrarse arrepentido, por su incompreensión por su ceguera!...

Elena entró con el frasco de Colonia. Él papó un pañuelo, humedeció la frente de Percy, arrojándose otra vez junto a él. No miraba, no miraba a su marido. Parecía esperar algo. Y Percy, comprendiendo por fin la psicología de su mujer, articuló:

—Trabajo demasiado, querida. Quiero tomarme un pequeño descanso. ¿No te agradaría que emprendiésemos un viaje en auto a Florencia?... Podríamos ir... a Italia, por ejemplo... Si, a Florencia... Será como un segundo viaje de bodas...

Elena nada dijo. Acercó aún más su rostro al de su esposo, hasta rozarle las mejillas, y le ciñó los brazos al cuello. Así, abrazados, permanecieron largo rato silenciosos.

Por primera vez en su vida, Percy Grillby sintió en ese momento que los ojos se le llenaban de lágrimas.

CUENTO

POR

JANE GORDON.

ilustró

SIFREDI

!!! GRATIS !!!

Le envío "LA AURORA"

con programas y tarifas de todas las clases que se dictan en la Asociación del Profesorado y Magisterio, (aprobada por el Superior Gobierno). Cursos individuales, colectivos y por correspondencia para niños y niñas, Stas. Caball. y ancianos. Cursos técnicos para Dibujantes, Ayudante Ingeniero, Sobrestante, Tenedor de Libros, Perito Contador, Taquígrafo, Cajero, Mecanógrafo, Instalador Sanitario, Electricista, Ingreso Universidad Linceo, Escuela de Parteras y Nurses, Piano, Solfeo, Canto y todas las materias de Secundaria, Ingreso a Bancos, ANCAP, UTE. Subraye el curso que le interesa escribirnos y recibirá el Catálogo y la lección de prueba gratis!!! Examen y Diploma gratis!!! (reconocido por la Administración Pública y Bancos).

Asociación del Profesorado, Instituto Chacot y Liceo Nocturno. EJIDO 1431. — MONTEVIDEO. Clases gratis para todos los que trabajen para "LA AURORA DE AMERICA".

Traiga este aviso. Vale \$ 1.00.



próxima y brillante sazón plena de su arte. Terminaremos esta nota sobre el joven artista compatriota dando una ligera reseña de sus principales actividades artísticas desarrolladas en el vecino país:

Su primera exposición la efectuó en el año 1925, en el Salón Chandler, de Buenos Aires; la segunda en La Plata, en el año 1927; la tercera en "Amigos del Arte", Buenos Aires, en el año 1928; la cuarta en Córdoba, en el año 1930, y la quinta y última en Buenos Aires, en el Salón Claiton, en el año 1931. El año ppdo. obtuvo un primer premio en el Concurso de Carteles para los yacimientos petrolíferos del Estado Argentino.

La exposición de su obra en Montevideo se efectuará próximamente, y consistirá en una serie no menor de treinta y cinco dibujos, de los cuales nos complacemos en adelantár a nuestros lectores las muestras que ilustran esta página.



ciales. El absorbente factor tiempo, las exigencias marcadas por las predilecciones del gusto del público, el propio hecho de una labor cotidiana, de marcado carácter impositivo, tan en desacuerdo con la instintiva psicología libertaria de la inspiración artística, no son, por cierto, las condiciones ideales para el mejor desarrollo de estas elevadas como complejas manifestaciones del espíritu. Su obra de hoy, la que nos ha traído con su persona, marca un cambio radical en su línea artística. Ella es ya la libre expresión de su íntima fuerza creadora, y, por lo tanto, su mejor y más depurada obra realizada hasta el presente. Y Bravo ha querido dar a su país de origen los primeros frutos que anuncian la

José E. Bravo

un fuerte y original artista

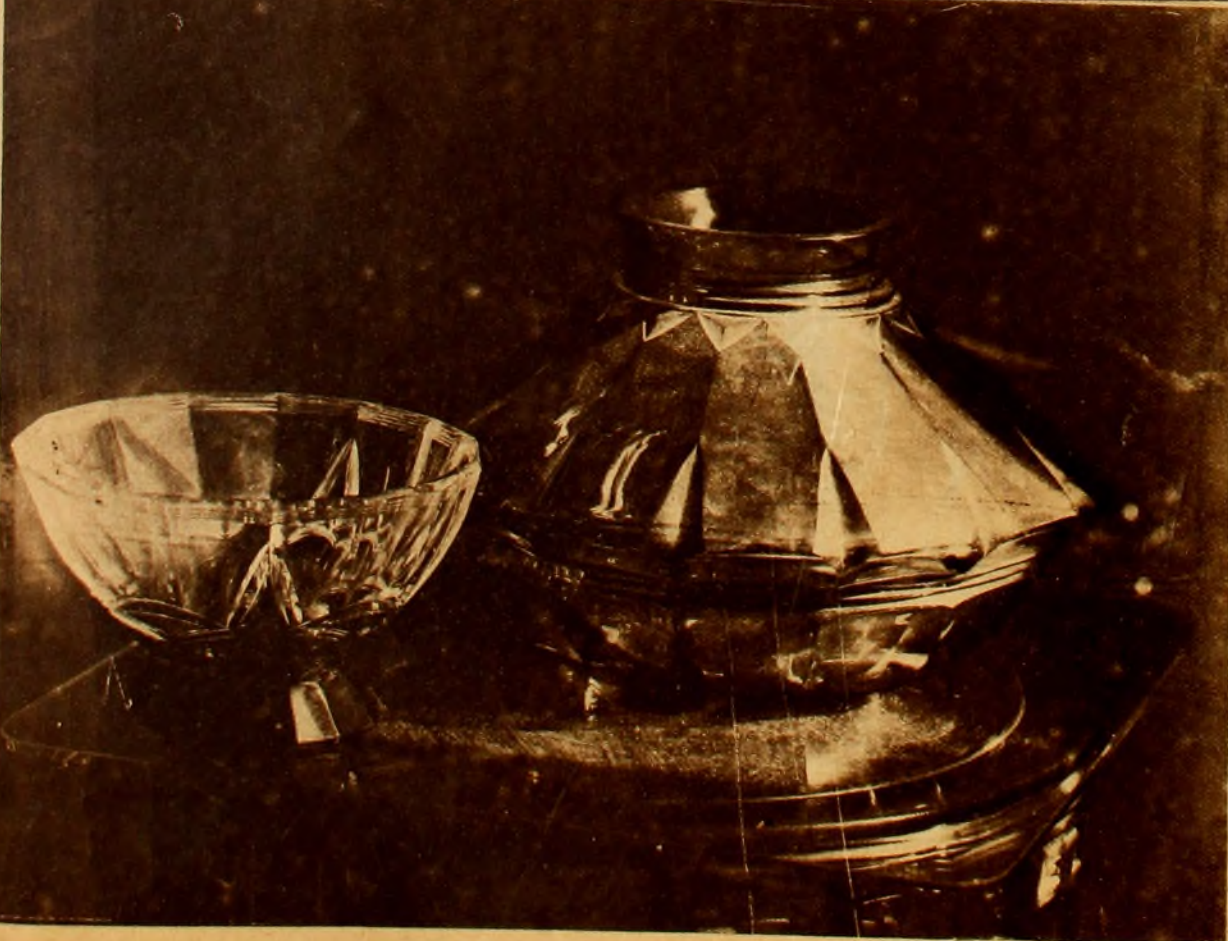


CUMPLIENDO una etapa de descanso, espiritual descanso, del que no se resiente su labor artística, encuéntrase en Montevideo el dibujante nacional José R. Bravo.

A pesar del largo tiempo que este fuerte y original artista ha permanecido ausente de su patria, su labor artística, volcada por el espacio de más de siete años en la prensa porteña y las resonancias de sus exitosas exposiciones efectuadas en varias de las más importantes ciudades argentinas, han sido seguidas por nosotros con el doble interés movido por su obra y por el sentimiento patriótico.

He aquí, pues, por qué Bravo no es para nosotros un artista desconocido, ni mucho menos. Pero esta vez el joven artista nos ha traído, con su persona, una faz de sus realizaciones en el terreno del arte de la que no teníamos, casi, noticias. La dura labor de ilustración periodística, dura no solamente en el sentido material de la palabra, sino, también, y esto es lo peor del caso, por la índole impositiva y absorbente de su carácter, cuya influencia sobre la ejecución y la libertad creadora del artista, no es la más aparente para el más libre desarrollo de la personalidad, obligóle, en su carrera artística, a un más largo y doloroso tránsito. En dicha tarea periodística, la personalidad podrá transparentarse con más o menos evidencia, pero nunca será posible alcanzar toda la pujanza, toda la fuerza expresiva de sus posibilidades poten-





EL VIDRIO MATERIAL DE

La vidriería es una de las industrias antiguas del mundo. Empezó en la prehistoria, por supuesto que de manera rudimentaria y grosera, alcanzando pronto un adelanto, a juzgar por las pinturas antiguas que lo comprueban. Este arte ha estado vuelto, desde sus comienzos, en el mundo, impuesto por las prácticas de magia, hasta nuestros días la tradición de procedimientos misteriosos.

Los egipcios, grandes constructores, se creen haber sido los primeros vidrieros. Las pinturas de los hipogeos de Beni-Hassan muestran que, dos mil años antes de nuestra era, se practicaba el soplo a caña. Una de collar de vidrio, descubierto en la tumba de Thebes; los espejos de Sakkara, luego Memphis; los vasos de las necrópolis del Egipto, son otros tantos testimonios del adelanto de ese arte.

En Asiria, la vidriería era también conocida y practicada. En las excavaciones del palacio de Nemrod, se han encontrado algunos con el nombre de un rey del VIII antes de la era. Inscripciones cuneiformes sobre tabletas de arcilla, dan la forma del vidrio, que no difiere gran cosa de las composiciones modernas. Estos descubrimientos han originado una polémica al intentar establecer si es de Egipto el origen de la vidriería que se ha estado atribuyendo a Asiria. Lo probable es que las dos civilizaciones, vecinas y rivales, no dejaron de influenciarse. Pero sea de donde quiera, Egipto o de la Asiria, la vidriería ganó a Sydon, sobre las orillas del Belus, de donde se reputa. Y por los mercaderes fenicios se extendió sobre el Oriente, desde Asia Menor y la India, al Occidente, por las costas del Mediterráneo, los Celtas y todo el mundo antiguo conocido.

Cada pueblo aplica esta industria a su

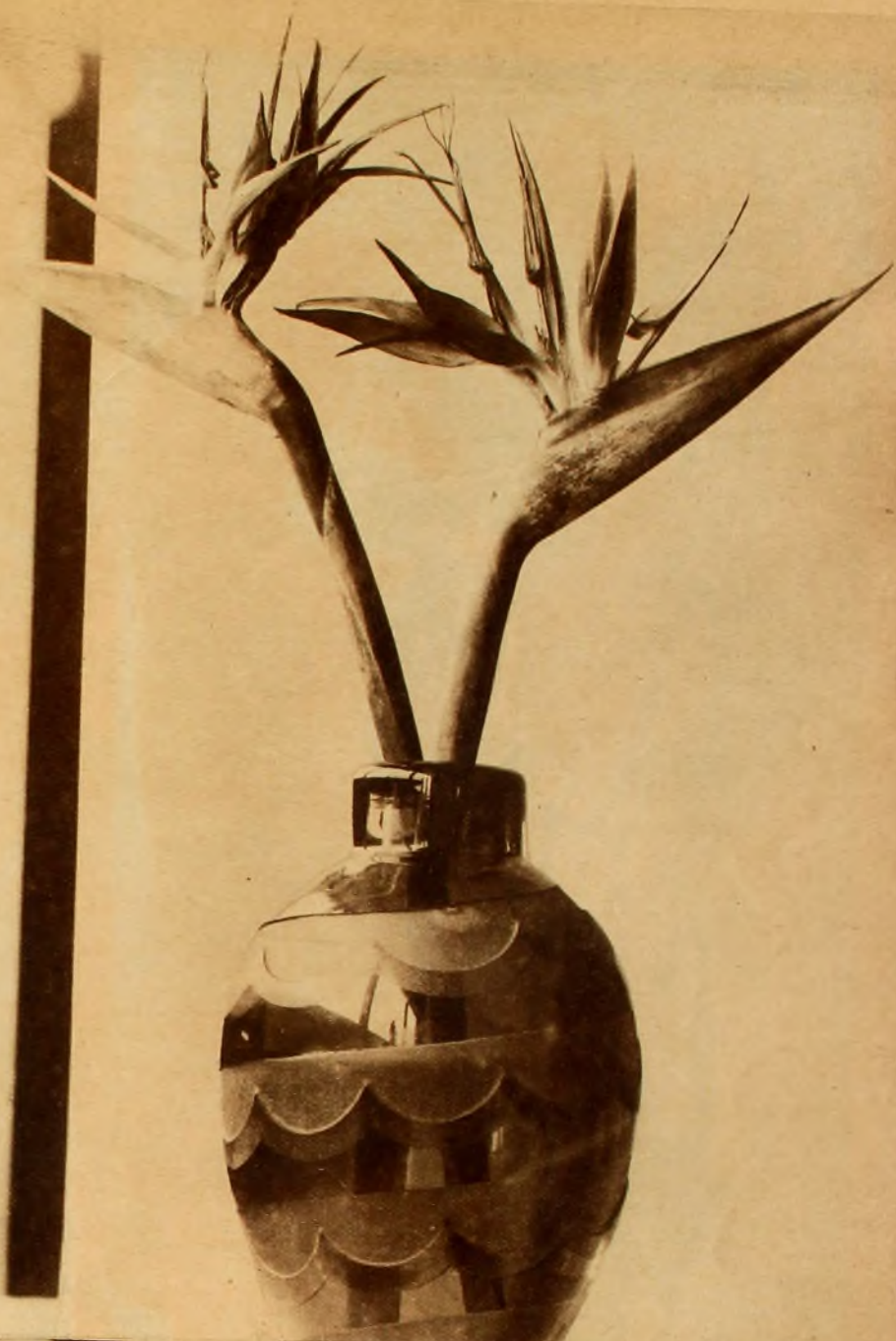
TE DECORATIVO MODERNO

del Antiguo Egipto. Los Parthes fabricaban las pterocopas, "pterotes" (aladas), y los vascos, al decir de Herodoto, consue-
 ron fabricar jarrajes de vidrio para enterrar a sus reyes; y los persas, jarras y vasos. Pero
 fueron los griegos quienes dieron las obras
 perfectas que condicionan la pureza de la
 elegancia y el gusto.
 Posteriormente bajo el imperio de Augus-
 to la vidriería fué practicada en Roma.
 Los artistas de Egipto fueron atraídos lue-
 go a la batalla de Actium, y la manufactu-
 ra romana tomó gran impulso. Se fabrica-
 ron vasos de color imitando piedras precio-
 sas, vasos finos, llamados nubes de vi-
 drio, y vasos tallados y vasos irisados imitando

el Joven cuenta cómo el edil Scau-
 ro levantó, en tiempo de Nerón, un
 teatro en el que toda una planta era de
 vidrio; Heliógabalo, un día de festín, ofre-
 ció manjares imitados en vidrio, entrevera-
 dos con los manjares auténticos. La de-
 caída de las costumbres en esta época
 ocasionó la decadencia de las artes, y la gran belleza de
 la vidriería había sido reemplazada por inven-
 ciones bizarras.

La vidriería se extendió por todos los paí-
 ses de la dominación romana. En Galia fué
 muy común antes de la reconquista. Pero bajo
 la influencia de los artistas romanos evolu-
 tó. Estas vidrierías, de origen celta, ex-
 ceptando los túmulos célticos, son bolas de
 vidrio, la que se servían los galos para se-
 ñalar el rango y la clase.

Los antiguos, que conocían el modo de co-
 municarse por el oro y la mayor parte de los
 objetos de que nosotros nos servimos, no fa-
 bricaban sino objetos de gran lujo, con los
 que decoraban los palacios, los templos y las
 ciudades. Ha sido por esta piedad ancestral
 que tenemos el conocimiento de los vestigios
 de la civilización.





EL invicto campeón chileno Antonio Fernández, cuya segunda presentación en nuestros rings no satisfizo plenamente, aunque obtuvo una fácil e indiscutible victoria por puntos sobre Cartelle. "Fernandito" hizo exhibición en los primeros rounds, peleando recién al final.



EL veterano Tramaglia le pone los guantes a Cartelle, que bien dirigido, cumplió una buena performance dentro de sus discretos valores. Cartelle fué vencido por segunda vez, ahora sólo por puntos.



PARA anular a Anselmo que fué una de las figuras destacadas en el match de Wán. dera y Peñarol, Ceriani realiza desesperado esfuerzo y sale airoso.



FRENTE al arco de Bella Vista, los forwards de Bella Vista provocan una situación peligrosa, salvándola Machiavelli.



DURANTE el desarrollo de un match entre las reservas de Peñarol y Nacional en el estadio de la Udelar, pudo verse en torneos de este field, conjuntos alegres.

Deportes



EL segundo tanto marcado por los reservistas de Peñarol a Nacional produce júbilo de Cozzolino, que salta hacia dentro del arco mientras Silva se agarra la cabeza en forma expresiva.

foto de



J. MEREGALLI, ganador de la carrera 110 metros con vallas



PRIMERA ETAPA DE LOS CAMPEONATOS NACIONALES DE ATLETISMO

H. DOMINGUEZ, nuestro mejor atleta, ganador de los 100 metros llanos



J. C. BASTON, el ateniense, intenta batir el record nacional de salto alto que él mismo posee en 1m.83, fracasando en su intento



PASAJE en la carrera de 5000 metros. Rivas, el ganador, encabeza el lote

DOMINGUEZ, SAN ROMAN VIGNOLY Y BRONDI CRO. SSA, componentes del equipo del Stockholm, que ganó la posta de 1600 metros (4 x 400)



A VARILLA ESTE M 1 80

J. C. BASTON, ganador del salto alto con 1m.80



J. BONINO, "sprinter" del Trouville, que ganó una serie de 100 metros llanos

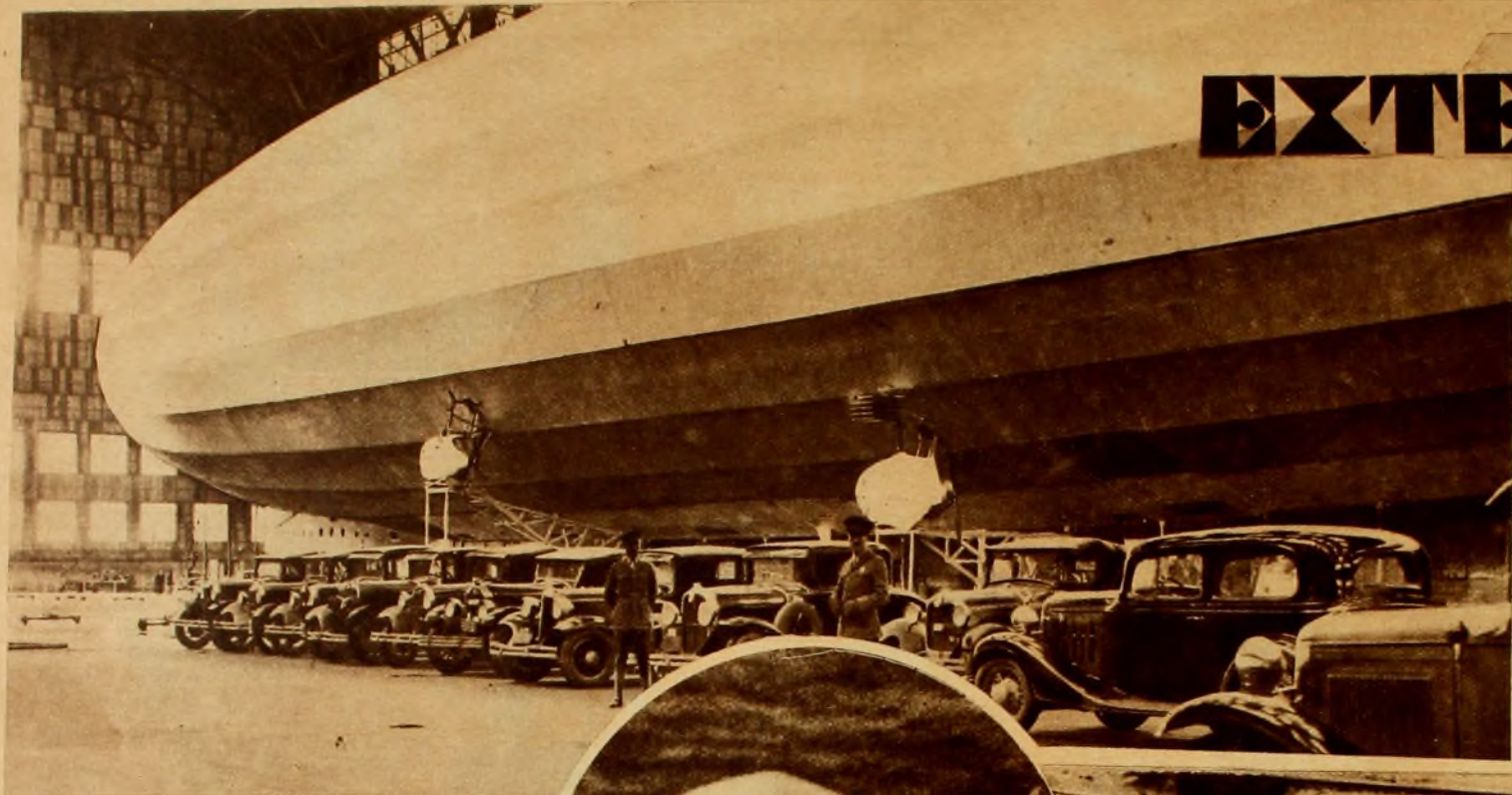


PASAJE de la carrera de 800 metros, ganada por Slenra Castellanos (en tercer término)

S. CASTELLANOS, que al vencer en 800 metros llanos igualó su propio record nacional en 2'0" 8/10



EXTERIOR



Estos autos no volverán a ser dirigidos por sus dueños. Línea de coches de propiedad de la tripulación del "Akron" que en ellos habían llegado al lugar en ellos y allí quedaron a esperar la vuelta. El dirigible que se ve en la nota es "Los Angeles"

El dirigible "Blimps J-3" de la armada norteamericana, que cooperaba en la busca de los restos del "Akron", fué a su vez barrido por el huracán. La nota reproduce lo que quedó de la nave aérea



La policía alemana efectúa minuciosos registros en busca de documentos y armas, en un hogar judío, en la sección de Spadan, de la capital alemana, cumpliendo la acción antisemita del gobierno de Hitler

Consecuencia de esa persecución a los judíos en Alemania, los de todo el mundo han declarado el boycott contra los productos y las industrias alemanas. Muestra la nota un vehículo con letreros alusivos, en la zona judía del Este de Londres



Richard Deal y Moody Erwing, el primero en una camilla y el segundo envuelto en una manta, son sobrevivientes del "Akron", recogidos en el lugar del siniestro por el guardacostas "Incker". La nota reproduce el embarque de dichos marinos para ser hospitalizados



La vida de su traje corre peligro si no lo envía a limpiar a casa de responsabilidad

La Suiza
TINTORERIA

CASA CENTRAL- BUENOS AIRES 579
1177 CENTRAL- LA COOPERATIVA 1720 AGUADA
SUCURSAL GOES- GRAL.FLORES 2380

...jefes integrantes de la Aso.
...ción Femenina de Defensa Na.
...del Japón, conmemoran el
...aniversario de la caída de Muk.
...durante la guerra ruso-japone.
...realizando un concurso de tiro
...cuartel del Regimiento 1.º de
...Infantería, en Tokio



...niente Norman. Baillie Ste.
... (el segundo de la izquierda),
... acusado por violación de secreto de
... aparece en esta nota en com-
... su hermano y un custodio,
... jardines del Cuartel General
... de York, en Londres. Se
... este oficial de haber "vendido
... en trescientas libras", al
... secretos de defensa



Ciudadanos de Cleveland rea-
lizaron una entusiasta manifesta-
ción al senador Joseph N. Acket-
man, a su retorno de Washington,
a cuya ciudad había concurrido
para discutir en el Parlamento la
abolición de la ley seca, gestión
que obtuvo favorable resultado

PIDA HOY LECCIONES

DE PRUEBA GRATIS!

Enseñamos por Correo:
Cursos Comerciales: Tenedor de libros,
Cajera, Ingreso a Banco, Anap y otros
antes autónomos, contabilidad mercantil
de estancias, ortografía, caligrafía, ta-
quigrafía, inglés, francés.
CURSOS TÉCNICOS y OTROS: Ayu-
dante de ingeniero, sobrestante, dibujo
industrial, de arquitectura, de máquinas,
de carpintería, de ornato y de figura.
Matemáticas, Mecánica, Electricidad.
Preparaciones para Magisterio, concu-
rso ingreso Universidad y Liceos, Procu-
rador, Escribanos hoy mismo. Marque
con una X el curso que le interesa. Re-
cibirá Catálogo y lección de prueba gra-
tis a Campaña. Para la Capital, clase de
rueba gratis en el local del Liceo

CUPON
LICEO ARIEL
ZABALA 1445
MONTEVIDEO

Nombre
Dirección
El estudio es el camino moderno para
PROGRESAR

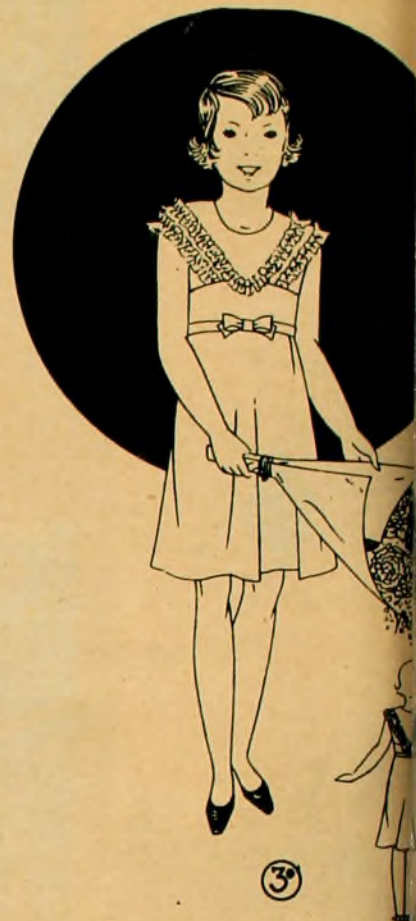
modas



3°



2°



3°

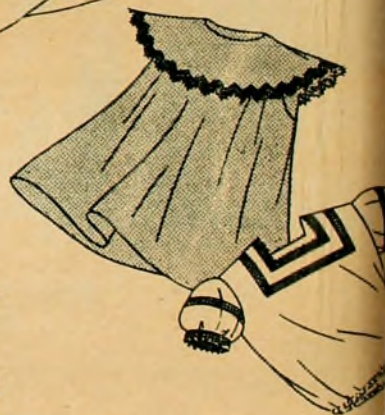
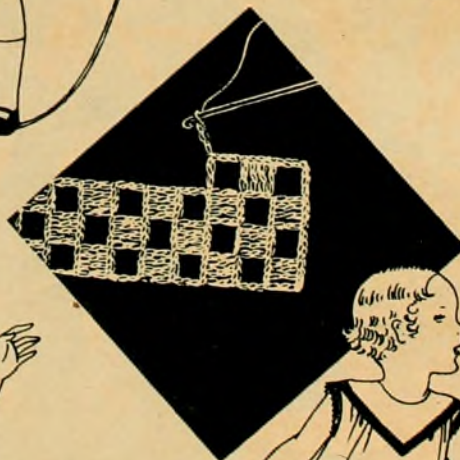
1.—ENTREDOS AL CROCHET. — CON HILO DE IRLANDA Y UNA FINA AGUJA DE CROCHET SE EJECUTA UN FINO ENTREDOS PARA ADORNAR TRAJECITOS DE NIÑOS

2.—ELEGANTES Y FINOS JUEGUITOS EN LINON DE HILO BLANCO PARA NIÑAS DE CORTA EDAD

3.—TRAJECITOS DE FIESTAS PARA NIÑAS Y VARONES



1°



3°



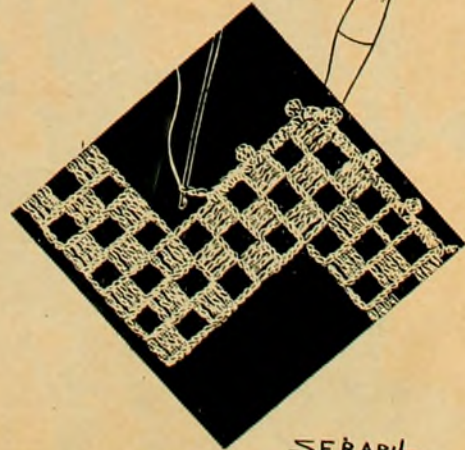
3°



1°



1°



SERAPH

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EN LAS CIENAGAS PREHISTÓRICAS



DEPENTE EL GIGANTOSAURIO GIRO LA CABEZA
LA DIRECCION OPUESTA EN QUE ESTABAN
TARZAN Y VON HARBEN.



Y SE FUE ALEJANDO
POR EL INTERIOR DE O-
TRA CAVERNA.



TARZAN Y VON HARBEN LO
SIGUIERON, ASEGURAN-
DOSE PARA AVANZAR A
LO LARGO DEL ARRO-
YUELO QUE CORRIA
POR LA CAVERNA.



CUANDO LLEGARON AL FIN TARZAN
SE METIO EN EL AGUA Y LE HIZO
SEÑAS A VON HARBEN PARA QUE
LO SIGUIERA.



Y CONTINUARON LA MARCHA
POR EL AGUA, SUMERGIDOS
HASTA LOS HOMBROS.



POCO DESPUES SE ENCONTRA-
RON FRENTE A UN BOSQUE
PANTANOSO.



EN EL AGUA VERDOSA SURGIA UN ISLOTE ÁRIDO....



SÓBRE EL QUE SE ENCARAMARON TARZAN Y VON
HARBEN.



CONTINUAMENTE EL ISLOTE EMPEZO A ELEVARSE
HASTA QUE VON HARBEN SE HUBIERA CAIDO SI TARZAN NO
HUBIERA ATRAPADO A TIEMPO.



RECEN ENTONCES SE DIERON
CUENTA DE QUE LO QUE CREIAM
ISLOTE ERA EL DORSO DEL
GIGANTOSAURIO.



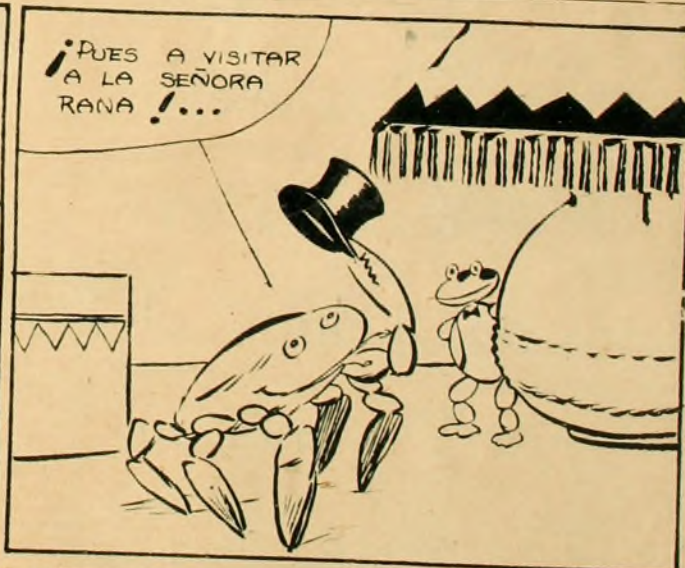
CONFORME MOVIO LA CABEZA HACIA ELLOS,
INSTINTIVAMENTE SE ARROJARON AL AGUA.

ZOO
CÓMICO

Por
Joe King



¿ADONDE VA TAN ELE-
GANTE EL SEÑOR CAN-
GREJO SI NO ES IN-
DISCRECIÓN QUE LE
PREGUNTE?



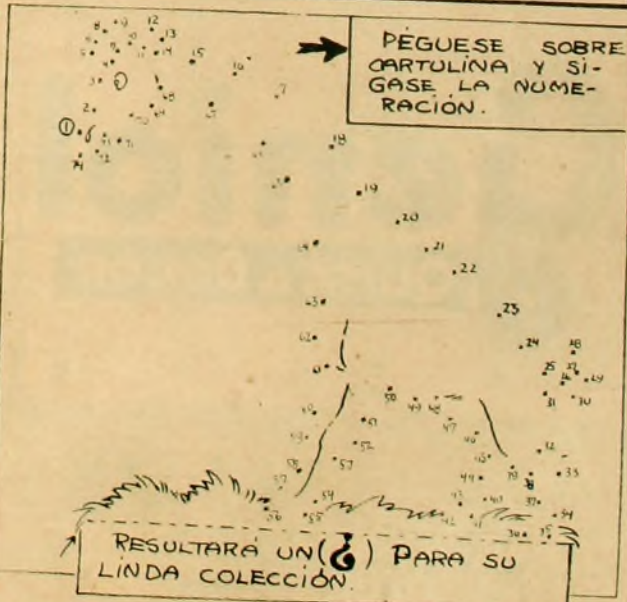
¡PUES A VISITAR
A LA SEÑORA
RANA!...



NO SE HAGA ILUSIO-
NES AMIGO. A ESA
CHICA LE GUSTAN LOS
TIPOS ALTOS, DE MÁS
CINCO PIES Y PULGA-
DAS....



POR ESO ME PREFIERE
A MÍ QUE TENGO SEIS
PIES....



PEGUESE SOBRE
CARTULINA Y SI-
GASE LA NUME-
RACION.

RESULTARA UN(6) PARA SU
LINDA COLECCIÓN.



GRIPE

La rápida acción del GENIOL contra la Gripe se completa, añadiendo unas gotas de "Limón" al agua con que se toma.

Geniol
QUITA EL DOLOR

EL LIBRITO
DE 8 DOSIS



El GENIOL corta la fiebre, disuelve los venenos gripales, entona el organismo y produce un pronto y saludable restablecimiento.

Geniol
QUITA EL DOLOR

30 cts.